

En otoño de 2009 aproveché la convalecencia de un accidente para leerme en detalle los discursos fundamentales de la campaña electoral que dio la presidencia de los Estados Unidos a Barak Obama, accesibles en el sitio <http://obamaspeeches.com>. No solo el éxito perlocutivo del ya famoso lema *Yes We Can*, sino muchos otros rasgos que a vuelapluma había ido registrando yo a través de la TV norteamericana un año antes me habían ratificado en el convencimiento del *poder de las palabras*.

La irrupción del *Yes we can* en la campaña presidencial de Obama se produce en su discurso pronunciado en Nashua el 8 de enero de 2008, en la noche de las primarias demócratas de New Hampshire en las que se impuso su máxima rival Hillary Clinton. Mas lo que a mí –en definitiva, profesor no de Ciencia Política sino de lo que antaño se llamaba “Poética y Retórica”– más me interesaba era revisar el conjunto de las intervenciones fundamentales del futuro presidente.

Siglos antes de Cristo los griegos aprendieron a ordenar el discurso de un modo tal que pudiera lograr el efecto deseado, pues fueron ellos los primeros en ocuparse de analizar las maneras en que los seres humanos se relacionan verbalmente entre sí, elaborando tratados analíticos y expositivos con los que intentaron descubrir las bases reales de la comunicación humana. La suma de todas sus experiencias expresivas y de normas preceptivas da lugar a la Retórica, el arte o la ciencia del rétor u orador público, cuya paternidad se atribuye a Córax que residía en la Siracusa sicliana, correspondiéndole a su discípulo Tisias llevar la buena nueva a la Grecia continental.

Allí fueron los llamados sofistas los que tomaron la Retórica como cosa suya. Mas, a este respecto, la historia de la palabra guarda una considerable contradicción. Etimológicamente, sofista significa “portador de la verdad”, pero quizá hoy en día predomine entre nosotros una acepción totalmente contraria, la de sofista como aquel –frecuentemente, un político– que se vale de sofismas, es decir, de razones o argumentos aparentes con los que se quiere defender o persuadir lo que es falso.

La Retórica más genuina no es, en este sentido, nada sofista. Muy claro lo deja Aristóteles cuando en la propia introducción a su tratado, al abordar los usos de la Retórica comienza afirmando que ésta es útil para hacer efectivas la verdad y la justicia, amén de para informar a los ciudadanos del común.

Mas volviendo a las raíces, G. B. Kerford, un estudioso de los primeros sofistas griegos, distinguía tres grados o tipos entre ellos: los *sabios*, como Solón el legislador, que plasman su sapiencia en forma de leyes; los *hombres de Estado*, que la aplican a los asuntos prácticos como lo hicieron Pericles o Temístocles; y los *maestros de sabiduría* que hacían valer su habilidad para transmitir los saberes o para enseñar la elocuencia, como Protágoras, Gorgias o Sócrates.

¿Es aquí donde podríamos “enganchar” –si se me permite tamaño vulgarismo– las posmodernas disquisiciones acerca de lo que los anglosajones llaman “Academic

Writing” y nosotros bien podríamos traducir en román paladino como “Escritura en la Universidad”?

En este sentido, Barack Hussein Obama, profesor universitario, senador y Presidente de los Estados Unidos, ofrece un ejemplo sumamente interesante, al margen de cualquier enjuiciamiento objetivo o partidista de su política. Se trata de una figura perfectamente acomodada a una sociedad de características tan particulares como la del Nuevo Mundo norteamericano, la tierra de promisión donde, sobre los principios políticos que precitarían más tarde en la Revolución francesa, se creó una comunidad de aluvión, crisol de diversas procedencias no exclusivamente europeas, abierta a todas las innovaciones promovidas por el espectacular desarrollo científico y tecnológico que desde la Ilustración llega hasta la actualidad.

Porque es un hecho que esa *Tecnópolis* (el nombre que el discípulo de Marshall McLuhan Neil Postman –autor en 1995 de *The End of Education*– le da, con tintes poco amables, a los Estados Unidos de Norteamérica) constituye un campo privilegiado de aplicación y desarrollo de las nuevas tecnologías, pero a la vez, incluso en pleno Siglo XXI, ostenta también rasgos inconfundibles de una vasta comunidad humana en la que, como en las tribus ancestrales, la oralidad y la palabra conservan un poder sustancial.

Ese énfasis retórico acompaña la democracia americana desde los padres fundadores, y tuvo una primera gran figura representativa en el propio Abraham Lincoln, que luchó contra el esclavismo proclamando en 1863 la emancipación. Obama lo recordará a la hora de hacer un llamamiento a sus adversarios políticos en su “Victory Speech”, y no por azar el que se convertiría en enero de 2009 en el cuadragésimo cuarto presidente de su país comenzó su campaña dos años antes en el Capitolio estatal de Springfield, Illinois, donde Lincoln había pronunciado en 1858 su trascendental discurso “House Divided”. No faltan, así, comentaristas políticos que los relacionan a ambos por su condición común de concienzudos apóstoles del *poder de las palabras* que Obama invoca al final de la proclamación de su candidatura en el mismo lugar en que ciento cuarenta y nueve años atrás su antecesor había dado el discurso sobre la “casa dividida”.

Bien es cierto que en su campaña fue decisiva la incorporación de todos los recursos de internet, en forma de blogs, chats, redes sociales y, sobre todo, el visionado en el portal You Tube de alguno de sus discursos más importantes. Pero en el origen de todo ello, como en el *Génesis* judeocristiano, está la palabra, que es el sustento de esa oralidad comunicativa que caracteriza a los humanos como seres racionales y, por descontado, como animales sociales. A este respecto, Obama no hace sino aprovechar las nuevas posibilidades tecnológicas de lo que se ha dado en denominar la Galaxia Internet, como otro de sus predecesores había hecho lo propio con los recursos de lo que McLuhan denominaba “la constelación de Marconi”. Me estoy refiriendo, claro está, a las “fireside chats”, la serie de treinta charlas radiadas que Franklin D. Roosevelt difundió entre 1933 y 1944 y que tanta influencia tuvieron en la comprensión por parte de la ciudadanía de dos trascendentales iniciativas presidenciales: por una parte, la política del New Deal y, posteriormente, la decisión de entrar en la gran guerra que asolaba Europa.

Desde mis primeras estancias en los Estados Unidos, hace ya treinta años, siempre me sorprendió la versatilidad y amplitud de la moderna Retórica norteamericana, que se manifiesta en todas las facetas de la vida social y muy especialmente a través de los medios de comunicación, entre los cuales la televisión no ha perdido todavía la preeminencia consabida, pero que cada vez más debe compartir espacios y tiempos de audiencia con internet.

En esta cultura de la palabra oral rediviva nació, se formó y se mueve el actual presidente. Nada extraño, pues, que nos venga de USA esta oleada del “Academic Writing”. La trayectoria universitaria de Obama, primero en Ciencias políticas en la Universidad de Columbia y luego, hasta el doctorado, en la Facultad de Derecho de Harvard, potenció en él unas condiciones personales que sin duda poseía de forma innata, como también las disfrutó el presidente Ronald Reagan, cuya profesión de actor no dejó de serle de gran ayuda en las lides comunicativas y políticas (no se puede decir lo mismo, por cierto, de George W. Bush junior).

La eficacia retórica del mandatario reelegido en 2012 se manifiesta también en su capacidad de empatizar con los auditorios, gracias a su pertinente *actio*, la sobria pero suficientemente enfática actuación con la que acompaña sus alocuciones. Se trata de expresarse conforme a las expectativas de un determinado auditorio, para elaborar lo que James E. Porter y otros teóricos del “Academic Writing” definen como “Discourse Community”¹, noción esta última que me recuerda vivamente la que uno de mis colegas, el teórico de la Literatura Stanley Fish denomina “Comunidades interpretativas”². Y no se nos debe escapar, asimismo, el buen tino en la selección de los redactores de los discursos del candidato y en la capacidad de transmitirles las ideas fundamentales, la *inventio* retórica o contenido del mensaje, a las que ellos luego habrán de poner las palabras justas, la *elocutio*, y por debajo de ellas la estructura o *dispositio* más eficaz. Lo mismo que, en definitiva, todo buen profesor e investigador en definitiva ha de hacer con sus libros, monografías, artículos, ensayos, dictámenes, conferencias, informes, y, al comienzo de su carrera, con su propia tesis doctoral. Por cierto, precursor latino de este “academic writing” fue en 1977 el gran semiólogo, medievalista y finalmente novelista italiano Umberto Eco, cuando publicó su libro *Cómo se hace una tesis*, en el que, sin embargo, los aspectos de la *elocutio* retórica reciben menos atención que los consagrados a la *inventio* y la *dispositio*.

Reconozcamos, desde ya, nuestras carencias a este respecto. Cuando escribo este editorial sin pretensiones (marzo de 2013) es noticia en la prensa española la publicación por parte de la Comunidad de Madrid de los resultados de las oposiciones de 2011 para profesores de primaria. Con tal motivo se ha desencadenado una campaña que algunos califican ya de “estigmatización social” contra la formación dada en la Universidad a los futuros maestros sobre el supuesto de que solo el 13% de los más de catorce mil candidatos superó una prueba de conocimientos encuadrables en lo que antaño llamábamos “cultura general”.

¹ *Audience and Rhetoric. An Archeological Composition of the Discourse Community*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, NJ, 1992

² *Is there a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Harvard University Press, Cambridge/London, 1980.

No voy a entrar en el fondo del asunto, que una de las opositoras suspendidas resume en la afirmación de que “salimos de la Universidad sin saber absolutamente nada. Nos deberían enseñar la realidad del aula y los conocimientos básicos, porque por mucho que Piaget fuera muy bueno, yo no voy a contarles quién era a mis alumnos”. Pero sí me interesa destacar otra respuesta, esta vez de un paisano – lucense, como yo– que apunta en distinta dirección: “Desde mi punto de vista, el principal problema del sistema educativo es que no sabemos hablar en público. Debería primar más la parte oral en la oposición. Lo principal es saber transmitir los conocimientos: no es sólo lo que sabes, sino cómo lo expresas”³.*

No tengo duda de que ahí reside el meollo del “Academic Writing”, que no sólo comprende los distintos géneros de la escritura producida en la Universidad –tanto de los profesores como de los alumnos, que deben ser adiestrados desde el principio en esta retórica académica– sino también los que pertenecen al cauce de la oralidad.



Darío Villanueva

Universidad de Santiago de Compostela (España)

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura comparada

Exrector de la USC

Secretario de la Real Academia Española

Mail: dario.villanueva@usc.es

³ Fuente: Reportaje de Olga. R. Sanmartín, “FUERON A PILLARNOS”, *El Mundo*, viernes 29 de marzo de 2013, página 14.